

con los Melecianos, y acusaron al santo de fomentar y mantener la discordia en toda el África por sus injustas denegaciones á dar la comunión. El emperador escribió entonces al patriarca estas líneas, que sentimos hayan sido dictadas por Constantino: « Estando informado de mi voluntad, dejad libre » la entrada de la Iglesia á los que quieran venir á ella; » porque si llego á saber que lo rehusais á alguno, daré inmediatamente órdenes para haceros deponer y desterraros. » San Atanasio respondió con modesta serenidad que no le era posible obedecer en este punto; que no podía tener nada común con la Iglesia católica una herejía que atacaba á la divinidad de nuestro Señor Jesucristo. Los Eusebianos recurrieron entonces á una calumnia cuyo efecto creían irresistible en el ánimo del emperador. Le acusaron jurídicamente de haber entrado en una conspiración contra la vida de Constantino, y al efecto de haber enviado una arca de oro á *Philumenos*, jefe de los conjurados. Atanasio fué en persona á verse con el emperador, le convenció fácilmente de estar inocente, y volvió colmado de elogios y de presentes de este príncipe, naturalmente bueno pero débil. Entretanto, supo san Antonio en su desierto la guerra que promovían los Arrianos en Alejandría y las persecuciones que excitaban contra el santo patriarca, su discípulo y amigo: bajó de sus montañas á Alejandría para protestar en persona, con la autoridad de su presencia, de su palabra y milagros, contra la impiedad de los herejes. El pueblo se agolpaba á sus pasos: algunos de sus discípulos querían separar la muchedumbre para sustraerlo á sus importunidades: « Dejadlos, decía el Santo, no son mas numerosos que los demonios, con quienes combatimos cotidianamente en nuestros desiertos. » Enseñaba san Antonio á las masas que le rodeaban, que el Verbo no es una criatura, que es eterno y consustancial al Padre. « No comuniquéis con los » Arrianos: vosotros sois cristianos; mas ellos dicen que el » Hijo de Dios es una pura criatura; no se diferencian pues de » los paganos, pues que adoran una criatura en lugar del » Criador. » Terminada la misión y objeto de su venida, que

solo verificaba por su celo por la gloria de Dios, se volvió á su soledad, llevando consigo la admiración de todos cuantos quedaron edificados por sus virtudes.

39. Aun no habían agotado los Arrianos sus acusaciones contra san Atanasio. Las que iban imaginando sobrepujaban á cuanto es dable esperar aun de hombres sin conciencia. La enormidad de las calumnias que esparcían por sus afiliados, era mas que suficiente para hacer dudar de su buena fe: pero el emperador Constantino no parecía ser ya el héroe que en su juventud había sabido salvarse de los lazos con que intentaban atraerlo la corte de Diocleciano y los manejos de Galerio; el joven héroe cuyo ingenio superior había triunfado de Maxencio y Licinio. Nada hay mas diferente de la primera parte de su vida, que esta segunda. Había descubierto ya cien veces la falsedad de las acusaciones de Eusebio de Nicomedia contra san Atanasio; y sin embargo cada nueva insinuación de este prelado cortesano hallaba fácil cabida para seducirlo. Formó pues en Antioquía una comisión, compuesta del censor Dalmacio, su tío, de Eusebio de Nicomedia, de Teognis de Nicea, y de algunos otros obispos arrianos, á quienes encargó examinar la conducta del santo patriarca. Escribió á san Atanasio intimándole viniese á disculparse en presencia de este tribunal de los delitos que se le imputaban. San Atanasio recusó la comisión, como compuesta exclusivamente de enemigos personales suyos. Constantino indicó entonces un concilio en Cesarea para el año 331. Los Arrianos habían elegido esta ciudad porque contaban con Eusebio, obispo de ella, y uno de sus fautores principales. San Atanasio se negó también á ir allí, y escribió al emperador para motivar su negativa, sobrado justificada por el cuidado de ambos Eusebios en no reunir en Cesarea sino obispos de su partido. El obispo de Nicomedia veía en esta conducta del santo patriarca un buen pretexto para acusarle ante el emperador de terquedad, de desobediencia y de rebeldía abierta á las leyes del imperio. Sus reiteradas denegaciones prueban mejor que nada, decía, su culpabilidad. Constantino, enfadado, mudó el

lugar del concilio, decretó que se reuniría en Tiro el año 335, y dijo á san Atanasio que si rehusaba ir al concilio, irían á apoderarse de su persona aun hasta en la silla patriarcal soldados de su guardia imperial. — Se mandó hacer preparativos solemnes para esta asamblea. El conde Flavio Dionisio, antes procónsul en la Fenicia, fué enviado con tropas no tanto para mantener el orden, cuanto para apoyar el partido de Eusebio de Nicomedia é influir sobre la decision de los Padres. Los obispos se reunieron en gran número del Egipto, de la Libia, del Asia y Bitinia, de todas partes del Oriente, de la Macedonia y de la Panonia. Formaban los Arrianos la inmensa mayoría; y los mas afamados de entre ellos eran los dos Eusebios de Nicomedia y de Cesarea, Flaccilo, intruso de Antioquia, Teognis de Nicea, Maris de Calcedonia, Narciso de Neroniada, Teodoro de Heraclea, Patrófilo de Scitópolis, Macedonio de Mopsuesta, Jorge de Laodicea, Ursacio de Singidon y Valente de Mursa, dos ciudades de Panonia. Entre los obispos católicos se notaba san Máximo de Jerusalem, á quien en la persecucion de Maximino habian arrancado el ojo derecho, y quemado uno de los jarretes, Marcelo de Ancira, Alejandro de Tesalónica, Asclepas de Gaza, y los dos ilustres obispos de la alta Tebáida, san Potamon y san Pafnucio. Cuando el ilustre y valeroso patriarca de Alejandria, san Atanasio, se presentó en el salon de las sesiones, se le hizo quedar de pié como un acusado ante sus jueces. Esta accion injuriosa exasperó tanto á san Potamon, que derramaba lágrimas, y dirigiéndose á Eusebio de Cesarea con ademan imponente y respetable: « ¡Cómo! Eusebio, os sentais para acusar y juzgar » á Atanasio, que es la virtud en persona! ¿Cómo es posible » sufrirlo? Respondedme: ¿no estábamos, vos y yo, en los calabozos durante la persecucion? Mas yo perdí un ojo, y yo » os veo sano y sin lesion alguna: ¿cómo salisteis pues tan » bien librado? ¿es que no hicisteis nada contra vuestra propia » conciencia? » A esta tan inesperada como terrible interpelacion, Eusebio, turbado y enmudecido, se levantó y se salió de la asamblea: la posteridad espera aun su respuesta y su justi-

ficacion. San Pafnucio, dirigiéndose entonces á Máximo de Jerusalem, atravesó la asamblea, le tomó de la mano y dijo: « Nosotros hemos tambien padecido juntos por el nombre de » Cristo; vos llevais como yo su señal: venid pues, porque no » puedo veros sentado en una asamblea de malvados. » Tomándolo pues aparte, le participó la trama urdida contra san Atanasio y le convenció plenamente de la inocencia del patriarca. Los obispos del Egipto presentaron al propio tiempo una protesta en la cual recusaban por jueces de su arzobispo á los que se habian declarado tan abiertamente por enemigos suyos personales, y especialmente á los dos Eusebios, á Narciso, Flaccilo, Teognis, Maris, Teodoro, Patrófilo, Macedonio, Jorge, Ursacio y Valente. Echaban en rostro á Eusebio de Cesarea su apostasia, y á Jorge de Laodicea de haber sido depuesto jurídicamente por el patriarca san Alejandro. Nada tan bien fundado en derecho como esta protesta, pero no se hizo caso de ella; y se pasó al exámen de estas terribles acusaciones que circulaban misteriosamente entre la gente arriana, desde cinco años hacia, contra san Atanasio. Se le acusaba 1.º de haber sido ordenado clandestinamente por cinco ó seis obispos, contra el voto y á pesar de la reprobacion universal del clero y fieles de Alejandria; 2.º de haber ultrajado una virgen consagrada al Señor; 3.º de haber asesinado á Arsenio, obispo de Hipsela en Egipto, y de haber guardado su mano derecha, disecada, para uso de operaciones mágicas; 4.º de haber roto el cáliz, echado á tierra el altar y hollado con sus piés los sagrados misterios durante una visita pastoral en una aldea de la Mareótide. La gravedad de las acusaciones contra Atanasio era pues extrema. — Respecto de la primera, relativa á la ordenacion clandestina de Atanasio, los obispos del Egipto respondieron relatando los hechos como testigos oculares. Despues de muerto san Alejandro en 326, los obispos de la provincia, habiéndose reunido para darle un sucesor, la muchedumbre de los fieles exclamó toda á una voz que pedian todos á Atanasio por pastor. Se le anduvo buscando vanamente en la asamblea, pues que se habia huido al desierto

para librarse de la carga del episcopado. Traído por fuerza el 27 de diciembre de 326, había sido ordenado patriarca de Alejandría, con el consentimiento de todos los obispos, cuya mayor parte asistió personalmente á su consagración, á vista de toda la ciudad y de toda la provincia. Esta exposición histórica pulverizaba la acusación; y se pasó al segundo cargo. Presentóse en medio de la asamblea una jóven, bañados los ojos de lágrimas y exclamando que ella era desventurada por siempre jamás, porque el obispo Atanasio, abusando de la hospitalidad que le había dado y sin respetar el voto de virginidad que había hecho á Dios, la había ultrajado infamemente. La infeliz no había visto nunca la cara de san Atanasio, pues que no le conocía personalmente. San Atanasio se había puesto de acuerdo con uno de sus sacerdotes llamado Timoteo, el cual tomando la palabra y volviéndose hácia la mujer, le dijo: ¡Cómo! «¿vos intentais hacer creer que yo me he alojado en vuestra casa y que os he deshonrado?» «Sí, sí, replicó ella; vos mismo, vos mismo sois quien me habeis hecho este ultraje;» y fué ella contando las circunstancias del tiempo y lugar con los mayores detalles. La mayor parte de los asistentes no pudieron menos de echarse á reír, al ver una acusación tan mal concertada y tan hábilmente refutada. San Atanasio pidió que se arrestase á esta mujer para descubrir los autores de la calumnia; pero los Eusebianos la echaron muy pronto fuera de la asamblea, y no consintieron en llevar mas adelante un negocio que tenían interés en sofocar enteramente. Atumultuándose, exclamaron que había crímenes mas importantes que examinar, y que no se justificaria Atanasio con ingeniosas sutilezas, que bastaba tener ojos para quedar convencido. Abrieron entonces una caja preciosamente sellada que contenia la mano de un hombre, disecada. «Atanasio, dijeron, ¡hé ahí vuestro acusador! Hé ahí la mano derecha de Arsenio, el obispo de Hipsela: á vos os toca decirnos cómo y porqué la habeis cortado.» Se levantó en la asamblea un rumor de indignación; mas cuando se restableció el silencio, san Atanasio preguntó si alguno de los obispos

presentes conocia personalmente á Arsenio. Muchos se levantaron diciendo que le habían conocido particularmente. Entonces hizo señas Atanasio á uno de sus sacerdotes, que muy pronto volvió acompañado de un hombre al cual presentó el patriarca á la asamblea: «¿Ese es acaso este Arsenio á quien he matado, y cuya mano derecha he cortado?» Y era en efecto Arsenio mismo, á quien los Eusebianos habían hecho esconder en un desierto. Pero habiendo llegado á su noticia lo que intentaba hacerse con su ausencia y el peligro que corria san Atanasio, vino á ofrecerse él mismo, y el patriarca le mostró á sus enemigos en el momento mismo en que se creían seguros de la victoria. Arsenio estaba en pié, rebozado con su capa ó manto. San Atanasio, apartando un lado del manto, descubrió desde luego una mano, luego la otra; y dirigiéndose á los Padres: «Ved aquí á Arsenio con sus dos manos. Dios no nos ha dado mas: busquen mis acusadores el sitio de la tercera mano, y que os digan de quién sea esa otra que os enseñan.» — A tan convincente refutación, no pudo comprimirse mas la rabia de los Arrianos: se arrojaron sobre Atanasio, exclamando que era hechicero y que engañaba con hechicerías. Los oficiales del emperador tuvieron que ponerse de por medio para impedir no matasen al patriarca, el cual fué inmediatamente embarcado, y transportado lejos en la noche siguiente en un bajel del Estado. — Quedaba pues pendiente la discusión del cuarto cargo, tocante á la visita pastoral de san Atanasio, en la que se le acusaba de haber hecho pedazos el cáliz de un sacerdote que celebraba misa y de haber pisoteado los sagrados sacramentos. Hé aquí lo que pudo dar lugar á esta calumnia. En la provincia de la Mareótide, cierto Isquiras, que nunca había recibido órdenes sagradas, se había arrogado de propia autoridad las funciones sacerdotales en un caserío ó aldea donde habitaba. Durante su visita ordinaria por la provincia, san Atanasio había enviado á Macario, sacerdote que le acompañaba, con orden de intimar á Isquiras cesase de dar tal escándalo y de continuar en su intrusión sacrilega. Macario halló á Isquiras enfermo de mucho peligro,

en casa de su propio padre: hizo saber á este la prohibicion expresa del patriarca, encargándole se lo comunicase así que se encontrase algun tanto restablecido; y Macario se volvió á donde se hallaba Atanasio, despues de haber cumplido su mision con la mayor delicadeza y humanidad. [Es muy probable que el padre para descargo de su conciencia y la de su hijo, que podia morir de un momento á otro, hubiera de su propio movimiento arrojado el cáliz, destruido el altar y lo que en él habia servido á la sacrilega profanacion del hijo; mas, caso que así fuera, ninguna parte habia tenido en ello Macario.] Sin embargo tal era el acto que tuvieron gran cuidado de agriar, desfigurar y emponzoñar mas y mas los Eusebianos. Enviaron desde Tiro una diputacion encargada de examinar en el mismo sitio los artículos del cargo. Por mas malignas y perversas que fueron las intenciones de los comisarios, resultó de su mismo informe que Isquiras estaba enfermo y en su lecho cuando Macario hizo la visita; que por consiguiente no celebraba los santos misterios; que el dia de la visita no era domingo, que era el solo dia en que se celebraban los sagrados misterios en las campiñas ó aldeas; que en fin nada habia habido de lo de cáliz roto, altar derribado, formas sagradas holladas. Los comisarios de vuelta á Tiro entregaron la sumaria á los Arrianos, que la hicieron desaparecer, declararon á Atanasio convicto de todos los crímenes que se le habian imputado, le depusieron del episcopado con prohibicion de permanecer en Alejandría, temiendo que su presencia no incitase nuevas conmociones. Todos los obispos católicos se negaron á suscribir á una sentencia tan horrible é injusta. Lo que hay de mas particular es que el nombre de Arsenio, obispo de Hipsela, figura entre los signatarios de la sentencia; por manera que Arsenio vivo suscribia á una sentencia que deponia á san Atanasio por haberlo muerto y cortándole una mano, la derecha. Es reflexion del historiador Sócrates.

40. Las relaciones que llegaban diariamente á Constantino de las operaciones de la asamblea de Tiro estaban redactadas todas por los Arrianos, que nada omitian para desacreditar á

san Atanasio para con el emperador. El santo patriarca se habia hecho transportar á Constantinopla, donde se prometia disipar con su presencia y explicaciones las falsas ideas que el príncipe tenia contra él, inducido en error por los Eusebianos. Cabalmente en el momento mismo en que entraba el emperador á caballo en la ciudad, san Atanasio se presentó de improviso ante él en medio de la escolta imperial y le pidió audiencia. Constantino, sorprendido de este encuentro inesperado, se negaba á escucharle, porque lo consideraba como legítimamente condenado por un concilio: Atanasio le dijo entonces. « El » Señor todopoderoso juzgará entre Vuestra Majestad y yo, » pues que tomáis el partido de los que me calumnian. » Estas palabras, pronunciadas con el acento de la inocencia, y el ademán de la santidad que brillaba en el venerable rostro y persona de san Atanasio, conmovieron á Constantino. Por otra parte el conde Flavio Dionisio habia informado, por mensajes separados de los de los Arrianos, que la asamblea de Tiro habia sido muchas veces teatro de escenas tumultuosas y desórdenes escandalosos. La conciencia del débil emperador vacilaba entre este conjunto de hombres y de cosas, y prometió á Atanasio hacerle justicia, escribiendo á los obispos reunidos en Tiro que viniesen á Constantinopla á darle cuenta de su conducta: obedecieron solos á esta orden los dos Eusebios, Teognis, Patrófilo, Valente y Ursacio; porque contaban con su ascendiente, amaños é intrigas, para engañar aun mas la buena fe de Constantino. Llegados á su presencia, no hablaron palabra de ordenacion clandestina, de vírgen ultrajada, obispo asesinado, ni vasos sagrados rotos; sino que intentaron nueva calumnia. En el año anterior, habia comprado el santo patriarca á sus expensas, durante el invierno, trigo que habia mandado distribuir entre los pobres de Alejandría. El Egipto era el granero de Roma, y desde la fundacion de la nueva capital, el trigo se expedia anualmente á las playas del Bósforo. Eusebio de Nicomedia acusó á san Atanasio de impedir abordar el trigo á Constantinopla. El emperador acababa precisamente de condenar á muerte á Sopater, uno de sus favoritos, solo por sos-

pecha de este delito. Constantino creyó ser muy indulgente con hacer gracia de la vida á san Atanasio, y se contentó con desterrarlo á Tréveris en las Galias. San Maximino de Poitiers, que era obispo de aquella ciudad, recibió al ilustre proscrito con toda especie de honras. Constantino el jóven, que mandaba las legiones de su padre, le trató como á mártir de la fe, y este destierro injusto solo sirvió de realzar mas y mas la gloria del que lo padecia, haciendo brillar mas sus virtudes y su mérito.

41. Los obispos reunidos en Tiro, despues de haber dado por concluido su conciliábulo, fueron por órden del emperador á Jerusalem para hacer la dedicacion de la nueva iglesia que se acababa de edificar. Habia concurrido de todas las provincias del imperio numerosísima gente para asistir á esta solemnidad, cuyas ceremonias nos describe Eusebio de Cesarea. Se distinguió él personalmente por un largo panegírico de Constantino, que tuvo ocasion oportuna de pronunciar en tal circunstancia: tuvo lugar la dedicacion el 14 de setiembre de 335, fiesta de la Santa Cruz. Arrio se valió de la presencia de los obispos en Jerusalem para presentarles, de acuerdo y con consejo del presbítero Euzoyo, su confidente y mas celoso sectario, la profesion de fe que ya habia sometido á Constantino. Los Eusebianos acogieron favorablemente esta comunicacion: recibieron á Arrio y á Euzoyo á la comunion de la Iglesia, y escribieron una epístola sinódica á todos los obispos del mundo para informarles de esto.

42. El 31 de diciembre de 335 murió el papa san Silvestre I, despues de un pontificado de veintiun años y once meses: fué enterrado en el cementerio de santa Priscila, en la via *Salaria*, y transportado despues por Paulo I, en 762, á la iglesia de San Silvestre *in campo Martio*, vulgarmente llamada *San Silvestre in capite*. En seis ordenaciones, todas en el mes de diciembre, habia creado este pontífice sesenta y tres obispos, cuarenta y dos presbíteros y veintiseis diáconos. De todos los papas, san Silvestre es el solo, excepto san Pedro, á cuyo honor haya sido celebrada la fiesta, dicha de Precepto, al

año vigésimo de un pontificado. Entre otras decisiones, san Silvestre mandó que la cabeza del bautizado fuese unguida con crisma por el sacerdote. Quiso tambien que todos los dias de la semana, excepto sábado y domingo, se llamasen *Ferías*, voz ya usada por algunos autores eclesiásticos, particularmente Tertuliano. El lunes es llamado *Feria segunda*, el martes *Feria tercera*, y así hasta el viernes, que se llama *Feria sexta*. No se dice ni *Feria primera*, ni *Feria séptima*, porque se conservaron en sus nombres propios el domingo (*dies dominica*), y el sábado (*sabbatum*). No es cierto que san Silvestre haya mandado el que los altares sean de piedra; pero esta medida fué general en la Iglesia desde esta época; y subsiste aun, con expresa condicion de que la piedra consagrada ó *Ara* esté en medio del altar, donde descansan el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo. Hácia este tiempo comenzó tambien el uso de consagrar á los Papas en domingo ó en dia de fiesta. No ha habido excepcion á esta regla sino en la preconizacion de Paulo III, Clemente VII y Leon X.